EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9335

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—**Extranjero.**—Tres meses, 1 25 íd.—La suscripcion empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 13 DE DICIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LEGÍA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGÍA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruíz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomas Seva, calle de Osuna; D. José Ruíz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castelini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Palas; D. Ginés García Canavate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Víctor Martínez; plaza de Sevillanos; Don Diego García, Serreta; Don Manuel Foyedo Martínez, Morería baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Cutillas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Ellano, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández, D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos. Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa. Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefa Luci, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer calle de Martín Delgado, 9, pral. Cartagena.

M.me LEONIE BROUTIN,

MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chaubersli, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL. —Puerta de Murcia.

TURRON

El tan conocido turronero Felipe Tomás, que viene poniendo su puesto de venta todos los años en la calle Mayor, lo ha hecho en el presente en la calle de Medieras número 3, y Mayor 21, lo que avisa á su numerosa clientela.

Correo de señoras

DESDE PARIS.

Aunque la temporada no ha sido muy rigurosa hasta hace unos dias, las pieles están ya disfrutando de toda la predilección de las señoras.

En las carreras, el domingo último, Mme. Albertch, señora de un industrial millonario, llevaba un «jaquette» de astrakán muy corta de aldetas, gran esclavina Directorio, botones de pasamanería negra, las delanteras sin abotonar y dejando ver una banda de encajes blancos anudada negligentemente y descendiendo hasta la cintura; era una nueva forma de «jaquette» que llamó mucho la atención.

No pudiéramos imaginar las múltiples y graciosas aplicaciones á que se prestan las pieles.

Se hacen con ellas, ó cuellos compuestos de dos pequeñas cibelinas reunidas de manera que las colas y las patas cuelguen por la espalda, y que las dos cabezas queden en la parte superior del pecho: esto es muy lindo y original.

También se hacen manguitos forrados con dos pieles del mismo animal con sus cabezas, colocadas en la delantera del manguito; estolas con gran cuello princesa de Gales, de piel de zorra negra, azul ó cibelina, y muchas esclavinas de nutria y astrakán

Se ha conseguido dar al astrakán de Persia tal flexibilidad, que se pueden hacer con él trajes completos, y para falda, tiene incomparable mérito.

Es preciso decir que cuesta caro; pero es necesario pagar según merecen las cosas de valor

Hace pocos dias he visto una cosa maravillosa: una «echarpe» hecha de una piel entera de zorra negra, con cabeza y patas naturales.

Semejante adorno constituye un regalo de príncipe y creo que más de una de mis lectoras no desearía más como aguinaldo: por lo demás es una excelente innovación la de ofrecer aguinaldos de esta clase, bellos y duraderos á la vez, y que permanecen por mucho tiempo fijos en la memoria, como todo lo que se refiere al adorno femenino.

A causa de las grandes mangas abullonadas, que siguen de moda, el traje ajustado es difícil de poner: por este motivo se lleva cada vez más el «collet.» He aquí uno del mejor gusto: un «camail» de dos esclavinas de terciopelo tornasolado de negro y azul, bordeado de marta.

Tenemos que pensar también en los trajes de soirée, y con este motivo voy á ocuparme de una innovación completamente ingeniosa, debida á una de las mejores modistas

Traje de satín Duquesa, color paja, falda muy amplia, guarnecida por el borde con un cordón de violetas con gotitas de rocío: de cuerpo escotado, forma cuadrada, con tirantes de violetas, grandes mangas 1830 y alta cintura «drapé» de terciopelo obscuro con matices violeta y malva.

Imposible describir el encantador efecto que producen las gotitas cristalinas que chispean en cada una de las violetas y que brillan á la luz con todos los irisados matices del prisma solar: es un traje mágico en el que no se destaca ningún color chillón y que tiene sin duda el «cachet» del buen gusto.

Nunca se han usado formas de sombreros tan variadas como las que vemos este año: no se ven dos que se parezcan

Los fieltros flexibles se prestan particularmente á todos los caprichos: se puede plegarlos y recogerlos de cualquier modo que se quiera: muchos van levantados por delante, dejando bien descubierta la cara: ya no se lleva el sombrero echado sobre los ojos.

La verdadera elegancia se manifiesta lo mismo en los mil accesorios de la «toilette» que en esta.

Hasta el paraguas se hace un objeto tan elegante como útil en la estación en que nos encontramos. El último modelo es el paraguas Minumus, fino, delgado como un junco, con armazón de acero hueco y por consiguiente muy ligera: la punta del bastón y las de las varillas son de concha, de plata y hasta de oro, y lo que hace de él un objeto muy personal y completamente elegante es el cierre con iniciales en reemplazo del caoutchouc.

En un brazalete de «faille» negra, una graciosa cifra de plata llega á completar un conjunto encantador.

Me parece muy propio este paraguas para hacer un obsequio á las jóvenes.

LA RECETA DE LA SEMANA

Cardo á la española.—Pélense bien, córtense en trozos de tres pulgadas, quítense las orillas, y tírese todo lo que no sea blanco y tierno, escáldense en agua hirviendo, y cuando empiecen á soltar el zumo entre los dedos se echa agua fría para poderlos lavar sin quemarse las manos.

Después de bien limpios póngansе en una cacerola, se cubren de lonjas de tocino, se humedecen con caldo de sustancias y el zumo de un limón, se dejan cocer cuatro horas; al cabo de este tiempo se les quita el caldo y se colocan en una cazuela ó terrina que resista el fuego; se les echa cuatro cucharadas de media jelatina de ave sin sal: déjense hervir lentamente hasta que merme lo suficiente. Al tiempo de servirlos se derrite en salsa española clarificada, tuétano de vaca del grandor de un huevo, añadiendo un poco de zumo de limón; colócanse en el plato y se sirven muy calientes.

MARIA.

ZARZUELA TRAGICA

NOVELA

(CONTINUACION.)

Lolita se aproximó á la batería de boca, inclinó ligeramente la bonita cabeza rubia como para dar gracias por los aplausos, recogió la cola de su vestido rosa, que realzaba su figura elegante, esbelta, simpática, pasóse el pañuelo por los labios y miró de medio lado al director de orquesta, esperando la señal. Este la hizo á un tiempo con la cabeza y con la batuta, y comenzó la preciosa ária en que parecen fundidas la música y la letra en un solo sentimiento.

Pasión del alma mía,
expléndida pasión...

Lolita emitió las primeras notas con voz suave, apagada, pastosa, pegajosa al oído, ligeramente temblona, con un trémolo que la hacía más agradable. Sentía tan bien lo que cantaba que esta compenetración sensual se le reflejaba en el rostro, coloreándole bajo el blanquete y dándole tonos y reflejos brillantes. Aquella voz tan mansa al principio se fue luégo extendiendo, adelgazando y afirmando, sin degenerar en chillona; y cuando dijo:

Ven, Rodolfo,
ven por Dios,

más que un trabazón de notas cantadas, pareció al público un grito simpático arrancado del fondo del alma.

—¡Divino! ¡admirable!—prorrumpieron una porción de voces, cuando entre aplausos y sincero entusiasmo terminó el aria.

Sonrió y saludó Lolina con estudiada elegancia, demostrando con su aplauso que el entusiasmo despertado no la sorprendía. Estaba de tal modo acostumbrada á estos homenajes, que sólo se hubiese maravillado de no ser aplaudida y admirada.

El entusiasmo creció con el dúo, repartiéndose esta vez entre ella y Linoja, su marido efectivo y su amante ficticio, ó temporal. De él dijeron los inteligentes que había ganado mucho en los dos años que faltaba de Dolora. Antes pecaba algo de frío. Ahora cantaba el amor como si realmente se le hubiese entrado furibundo en el alma, tal y cómo Zapata imaginó que debió sentirlo Rodolfo.

—¿Estará enamorado de su mujer?—el ramplón causicismo del que cree haber corrido mucho mundo y está poseído de que esta es cosa imposible, ridícula y fenomenal.

Anita, la registradora, sonrió con malicia:

—¡Sería caso que lo estuviese! —replicó; y pensó en el suyo, que sólo se cuidó de ella hasta el día mismo en que se le notó el primer embarazo.

Corrieron las escenas y se aplaudió algo al bajo, que tenía mejor figura que voz y más arrogancia y aplauso que verdadero sentimiento artístico.

Manifestó la anémica que la catadura del tenor, feucha, raquítica y enteca, hubiese sentado mejor en el bajo, y la de éste, alta, noble, coronada por su rostro varonil y expresivo, hubiese venido pintiparada al que tenía el papel de amante joven y valiente.

Cayó el telón entre aplausos y bravos y zalagarda. Muchos aplaudían solo la notable hermosura de la Esteban. Gomoso hubo que echó sus cálculos sobre cuanto le podría costar la conquista de la actriz.—«¡Era guapa!»—¡de lo mejorcito que se había visto en Dolora!»—

Cuando el abigarrado cortinón de boca se interpuso entre el público y los actores. Lolita se retiró á su cuarto, el más grande de todos, contiguo al tabaco del bajo. Tenía que cambiar su vestido rosa por otro blanco, con todos los perifollos y galas de desposada.

Linoja, director de escena, y que no había de cambiar de traje, se quedó en el escenario, dirigiendo las mutaciones y arreglo de trastos decorativos, porque el teatro de Polimnia, no tenía gefe de maquinaria. Estaba el cantante de pésimo humor aquella noche. Así como otras veces los triunfos escénicos de su esposa le habían llenado de júbilo, tal vez más que si los hubiese alcanzado él mismo, no fueron esta noche poderosos á despejarle las sombras del cerebro ni á borrarle las arrugas del entrecejo. Los de la maquinaría lo conocieron enseguida á costa de sus oidos.

—¡Quita ese trasto, animal! ¿No ves que eso es una reja de cárcel y no una ventana de salón?—¡Despacio con esa bambalina, bruto!—¡Por vida de...! ¿Vamos á estar aquí toda la noche para colocar cuatro bastidores?—¡A la derecha, á la derecha esa mesa, imbéciles!—¡Si no servís para nada!

Por este estilo les fue corrigiendo la maniobra, mientras los asistencias, ya poco hábiles de suyo, sudaban la gota gorda y se aturrullaban más.

Casi terminado estaba ya el arreglo del salón, cuando atravesó el escenario el tenor cómico, Tiburón aquella noche.

—No hay que alborotarse, Pablo; ya sabes lo que son estos teatros.

Pablo Linoja no le contestó, pero se pegó á él y fueron á detenerse á la sombra de los bastidores viejos.

—Estoy nervioso, Pepe; no sé como voy á poder terminar la obra. Yo mismo no me doy cuenta de como canto, ni de como voy sacando adelante mi papel.

El llamado Pepe le apretó una mano con mucha elocuencia.

—Animo y paciencia, amigo mío. Quien al fuego se arrima,... ya sabes el adagio. Yo he procurado abrirte los ojos, no para que te desesperes, sino para evitarte el ridículo papel de... ya me entiendes. Por lo demás, casos como este suceden cada día.

—Es que yo la quiero...; es que estoy enamorado como un burro, y si para la vergüenza podía tener resignación y alivio cortando por lo sano, me faltan fuerzas y alientos para resistir el grito amargo de mi cariño pisoteado...

El tenor cómico siguió acumulando razones para calmar y consolar á Linoja; pero este no estaba para dejarse aplicar á las llagas morales frases de rúbrica y lugares comunes.

la quimérica esperanza del desesperado que se agarra á una débil brizna de yerba para no rodar al fondo del abismo.

Pepe ocultó en la sombra una sonrisa de lástima.

—Si no te quisiera como te quiero—le replicó,—te hubiese dejado en tu ceguera gozando de una felicidad ficticia. Pero prefiero yo mismo desgarrarte el alma que consentir en que la gente pueda reirse de tí. Apura de una vez hasta la última gota de hiel y no quieras prolongar tu agonía con vanas quimeras que se han de desvanecer luego...! Ahora está él en tu cuarto!...

A la garganta de Linoja subió un rugido de ira y se le crisparon los puños. Quiso echar á correr y el otro le detuvo.

—¿A dónde vas?...¿A dar un escándalo para que se enteren de tu deshonra los que la ignoran?... Calmate; acaba la función, y cuando estés tranquilo, sin desesperarte, sin echar mano de esos ridículos sentimentalismos que estás tan acostumbrado á fingir en escena, le haces comprender á ella que no te chupas el dedo y os separáis sin ruido....

—Pero ¿de veras estaba con él?... ¿Le has visto tú?... ¿Estaban solos?

—Solos estaban....

Otra vez quiso correr Linoja y otra vez le detuvo Tiburón. Subiéronle en un instante al cerebro oleadas de sangre, de rabia entreverada de intenciones homicidas. Después se trocó la ira en pesadumbre amarga, en esa eterna y desgarradora pena de la ilusión que se desvanece, del bien apenas probado que se trunca, de la dicha que se va; y se frotó ambos ojos con las manos crispadas para volver adentro las lágrimas que pugnaban por salir.

—¡Maestro!... ¡maestro!—gritó á esta sazón el traspunte desde la otra parte del escenario.

—¿Qué hay?—respondió el tenor con la voz algo ronca, saliendo á la luz de las baterías.

—¿Empezamos?... Ya va haciéndose tarde.

—¡Vamos!... Llama á los coros.

MANUEL BIELSA.

(Continuará.)